

Otras influencias sansimonianas durante la emigración ⁽¹⁾

EN LA JUVENTUD DE VICENTE FIDEL LOPEZ. — LOS EMIGRADOS ARGENTINOS Y EL ROMANTICISMO SOCIAL DE CHILE.— LA ESCUELA DE LOPEZ Y SARMIENTO.— BARTOLOMÉ MITRE.— JUAN MARÍA GUTIERREZ. — ÚLTIMOS REFLEJOS DE LA ESCUELA FRANCESA.

López, miembro fundador de la «Asociación de Mayo», con Echeverría y Alberdi, y compañero de Sarmiento en Chile, sufrió las juveniles influencias sansimonianas que en aquellos y en éste son tan visibles, cuando se estudian sus escritos de juventud.

Antes ya de fundarse la Asociación, Don Vicente Fidel era tenido por hereje y anarquista, como todos los jóvenes que frecuentaban el Salón Literario. Por eso al presentar una tesis, a fines del 36, el viejo y rutinario doctor Gabriel Ocampo, presidente de la Academia, se sorprendió de su capacidad, «porque me tenía por “alberdista”, objeto de profunda antipatía, porque a sus ojos nuestros estudios filosóficos eran una orgía de sansimonianos y de disparates de la filosofía nueva» (2) En la fecha misma de fundarse la “Asociación”, su maestro y amigo Diego Alcorta le hizo el honor de entregarle la clase de filosofía y retórica, con la que hubo de seguir el siguiente año para completar el curso. En 1839 la reacción cleri-

(1)—Ver «Verbum», Los sansimonianos argentinos, Agosto, 1915.

(2)—V. F. Lopez: «Autobiografía», cit.

cal y mazorquera arreciaba; muchos de sus amigos estaban presos y otros desterrados, en Montevideo, donde él no quería ir por no figurar entre los unitarios viejos. Emigró a Chile; allí pensó y vivió en común, durante largo tiempo, con Sarmiento.

El nombre de Don Vicente Fidel López figura en primera fila, junto con los de Bello y Lastarria, en el movimiento intelectual iniciado en Chile, en 1842. Sin las abruptas condiciones de carácter que hacían difícil el trato de Sarmiento, era López buscado por cuantos se interesaban por las ideas revolucionarias. Lastarria, con la ayuda de Espejo, Francisco Bilbao, Javier Renjifo, Lindsay, Asta-Buruaga, Juan Bello, Valdés, había promovido la formación de una «Sociedad Literaria», con criterios y objetos semejantes a los que en Buenos Aires había tenido el «Salón Literario»; después de vencer muchas dificultades, puestas por los católicos y conservadores, consiguió instalarla en 1842. Fué Lopez uno de sus simpatizadores más decididos, atraído por el doble imán de la amistad y la comunión de ideas.

«López—dice Lastarria—era un joven de veinticinco años, hijo de la revolución, que en su fisonomía de árabe y en sus ardientes ojos negros revelaba la seriedad de su carácter, la firmeza de sus convicciones y la energía de sus pasiones. Dotado de un espíritu eminentemente filosófico é investigador, había hecho vastas lecturas y se inclinaba siempre a contemplar la razón de los hechos, de los sucesos y de los principios, despreciando las formas y las exterioridades» (1).

En ese mismo año emprendió la publicación de la «Revista de Valparaiso», de firmes ideas liberales, románticas y socialistas, provocando la publicación del «Museo de Ambas Américas», editada por los católicos para combatirla. La «Revista» tuvo la colaboración de Alberdi y Gutierrez, que estaban en Montevideo, pero cesó en Ju-

(1)—J. V. Lastarria: «Recuerdos Literarios», cap. XIII.

lio, después del sexto número, continuando López su propaganda en la «Gaceta del Comercio», de Valparaíso.

En la sesión solemne que celebró la «Sociedad Literaria», el 3 de Mayo de 1842, leyó Lastarria un discurso contra el clasicismo literario y el espíritu conservador. Sus compatriotas, aún los que se tenían por liberales, rodearon su trabajo de un prudente silencio; Sarmiento y López lo tomaron como base de una campaña periódica famosa. Sarmiento, en el «Mercurio» de Valparaíso, comenzó transcribiendo un artículo de García del Río y después continuó, sin dar un minuto de sosiego, su polémica contra el purismo. López, en la «Gaceta del Comercio» comentó el discurso desde el punto de vista filosófico y social, prodigándole toda suerte de elogios y sin dejar de ponerle, a su vez, ciertos reparos fundamentales. Lastarria, cuya iniciativa refleja aspiraciones análogas a las de Echeverría, quejábale de la indiferencia con que los hombres de cierta edad habían mirado su «empeño de hacer la generación de las ideas y la reforma de los estudios por medio de la Asociación»; López le replicó que los viejos tenían razón al proceder así y que no había lógica alguna en pedirles que se interesasen por los ideales nuevos, propios de los jóvenes, dado que la literatura romántica y la política socialista eran dos aspectos simultáneos de un mismo movimiento de ideas, radicalmente revolucionarias. El espíritu de la generación de Mayo reaparece en esas páginas brillantes, sintetizado en este párrafo: «Las ideas de que se alimenta la literatura son de dos clases: progresistas, nuevas, revolucionarias; y tradicionales, viejas, retrógradas. Actualmente hay una lucha en Europa que lo prueba; la hay también y la ha habido siempre entre nosotros, aunque en una escala infinitamente inferior; luego en literatura hay siempre dos banderas; si la una de ella es progresista y la otra no, alguna de las dos no es socialista, y no siendo socialista, no puede realizar las pretensiones del señor Lastarria, que son hacer que sirvan de utilidad a la patria.

Aquí es necesario servir a la patria haciendo triunfar una de las dos tendencias literarias sobre la otra, la progresista sobre la retrógrada. No hay medio entre estos dos caminos».

Prosiguió Lopez su campaña, en favor del romanticismo literario y social, consiguiendo, como Sarmiento, que sus artículos fueran clasificados como «disparates de la herejía y del sansimonismo», por la prensa conservadora. Esas propagandas, en que tanta participación tomaban los emigrados argentinos, acabaron por alarmar a la curia que se apercibió á la resistencia; en Abril de 1843 «se fundó la «Revista Católica», dirigida por los futuros obispos Valdivieso y Salas, quienes, por otro lado organizaban también el «Instituto Nocturno», de donde han surgido en Chile el ultramontanismo y el jesuitismo. El clero comprendía que la emancipación social apenas estaba en su alborada, y que aún era tiempo de eclipsarla, etc.» (1) Huelga recordar que López, con Sarmiento y Ortiz, acababa de fundar su famoso Liceo, institución de enseñanza orientada por ideales modernos, y que en contra de ella, exclusivamente, se instaló el Nocturno de los clericales.

En el mismo año, precisado Lastarria a dejar su enseñanza literaria, cedió la cátedra a López. Así nació su «Curso de Bellas Letras», profesado en Santiago; vió la luz en 1845, con gran escándalo de los adeptos de la literatura española, fieles creyentes de Hermosilla.

No olvidemos que el problema era—y sigue siendo—el mismo en todos los países hispano-americanos: mantener el espíritu español de los tiempos coloniales o desenvolver el espíritu europeo, representado entonces por la Francia; no sorprende, por tanto, que al acentuarse la reacción en Chile, la prensa oficial declarase sin ambages: «El partido conservador tiene por principal misión la de establecer en la civilización y en la sociabilidad de Chi-

(1)—Ver: J. V. Lastarria: «Recuerdos Literarios», Primera Parte.

le *el espíritu español*, para combatir el espíritu socialista de la civilización francesa" (1) En este sentido el curso de Bellas Letras fué considerado como una agresión al viejo mundo político que no quería abrir paso a las ideas nuevas, siendo aplaudido o repudiado por los mismos que compartían o rechazaban todos sus ideales.

El grupo de jóvenes que acompañaba a Lastarria editó en Junio de 1843 un periódico mensual, «El Crepúsculo», cuya vida parecía asegurada por mucho tiempo. En el segundo número de su segundo año sobrevino un desastre: Francisco Bilbao había publicado un artículo, «Sociabilidad Chilena», que motivó una acusación fiscal. El maestro que más había influido sobre Bilbao, en opinión unánime de sus biógrafos, era Don Vicente Fidel López; su autor predilecto Lamennais, socialista místico o anarquista cristiano. El escrito juvenil—mejor diríamos, infantil—de Bilbao, provocó verdadero escándalo en las filas clericales; su autor, en Octubre de 1844, tomó el camino de Europa. Quedaba su profesor, López, a quien todos sindicaban de ser su "maestro" en el sentido más peligroso de la palabra; se emprendió una campaña violenta contra su establecimiento de enseñanza. Sarmiento, en un cuarto de hora desgraciado,—pues nunca es loable quien se aparta de un perseguido, cuando su causa es justa,—escribió para probar la insignificancia del escrito de Bilbao (2) creyendo, acaso, contener así los peligros que se cernían sobre su escuela, pues la «Revista Católica» atribuía a ese establecimiento las ideas manifestadas por Bilbao, y recomendaba a los padres de familia que alejasen sus hijos de aquella casa de perdición. En el Consejo de Instrucción Pública se propuso su clausura. Sarmiento y López tuvieron que pagar el bello gesto de Bilbao; en 1845 cerraron su casa de estudios, como conclusión de la ardiente polémica religiosa.

(1)—Citado por J. V. Lastarria; «Obras», vol. X., pág. 349.

(2)—Artículo de «El Progreso», en que se alude a otros precedentes, Enero 9 de 1846 (Obras, vol. X. pág. 359).

Bueno fué que ello ocurriese. Sus ideas políticas, pedagógicas y sociales eran las mismas, sin más diferencias que las de sus temperamentos y edades. Soñaban un mundo nuevo, y justo fué que por soñarlo sufrieran el castigo del mundo viejo. Las persecuciones y los atropellos son los títulos más altos con que los hombres de pensamiento pueden presentarse al juicio de la posteridad; triste figura hacen, siempre, los que se ven eximidos de ese honor dispensado a otros contemporáneos por el dogmatismo o la tiranía. Son sospechosos de insignificancia o de avilantez, como si la dignidad no corriera en ellos pareja con la doctrina.

López, con el orgullo insito en su evidente superioridad moral, desdeñó la riña cuerpo a cuerpo, poniendo en luchar por sus ideas tanto empeño como otros en agredir a las personas. En el mismo año 45 dió a luz su "Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad", trabajo de filosofía de la historia en que aparecen combinadas las influencias propias del sansimonismo—Condorcet, Saint Simón y Leroux—con otras de más reciente circulación—Vico y Herder. Con este ensayo intervino López en la discusión animadísima que la filosofía de la historia motivaba en Chile, siendo parte en el debate Bello, Lastarria y otros. De este trabajo, y del "Curso de Bellas Artes", hace mención Echeverría, reivindicando cierta comunidad de doctrinas e ideales; menciona el "Curso" en la primera carta a De Angelis (1) y la "Memoria" en la ojeada retrospectiva (2), encontrando las fuentes de esta última en Turgot y Condorcet, precursores inmediatos del sansimonismo.

Es de importancia esa "memoria" de López. Su génesis se rastrea fácilmente. La filosofía de la historia estaba de moda en Francia. Michelet había traducido la Ciencia

(1)—Echeverría: «Obras», IV, 251, nota.

(2)—Idem. 63.

Nueva de Vico, titulándola "Principes de la Philosophie de l'histoire" (1827), y poco después dió a luz dos volúmenes de "Obras selectas" de Vico (1836). Jouffroy, por la misma época, publicó en sus *Mélanges philosophiques* las conocidas "Réflexions sur la philosophie de l'histoire", en que analiza las doctrinas de Bossuet, Vico y Herder.

Otros eclécticos se ocupaban del mismo tema (ver Damiro, Hist. de la Filosofía en Francia en el siglo XIX). López no necesitó leer a los creadores de doctrinas, sobrándole con los exégetas y comentaristas para adquirir el concepto esencial de lo que se llamaba filosofía de la historia: el estudio general de la evolución social, de sus causas y de sus fines, sin preocuparse de los accidentes episódicos o individuales. Su punto de vista, en la "Memoria", es contrario al de Bossuet, acercándose al de Vico y al de Herder, aunque sin seguirlos estrictamente. Turgot y Condorcet, como antecesores del sansimonismo, se encuentran en la misma corriente de ideas generales que Herder, sobre todo en lo que atañe a la influencia del ambiente natural sobre las costumbres e instituciones de los pueblos.

Nunca se borraron de la mente de López estas vigorosas impresiones de la edad juvenil: siempre que escribió de historia, sus escritos trasuntaron todas las cualidades y los defectos de su criterio y su método iniciales.

Como Sarmiento y Gutiérrez, conservó López muy viva y militante su pasión anticlerical, mostrándose en este punto, como ellos, irreductible. Antes de terminar su vida de emigrado comenzó su novela magnífica, "La Novia del Hereje", en que exhibió el fanatismo religioso de la época colonial, teniéndole por causa de muchos males ulteriores.

Con las variantes impuestas por el lugar, las circunstancias y las ideas de cada uno, las doctrinas sociales de la Asociación de Mayo están reflejadas en la dispersa labor de otros jóvenes, que en la prensa del Uruguay, de Chile,

de Bolivia, del Perú, conservaban enhiesto el pabellón enarbolado en 1837. Los nombres de Carlos Tejedor, Demetrio Peña, Félix Frías, Benjamín Villafañe, Avelino Ferreyra, Paulino Paz, Enrique Rodríguez, M. F. Bermúdez, Andrés Somellera, Luis Domínguez, afiliados todos a la Asociación, con los de Andrés Lamas y Miguel Cané, ya recordados, merecen un lugar en la historia de las ideas argentinas durante la proscripción (1). Algunos de ellos, creyentes sinceros en la fé católica, encontraron fácil acomodo en la corriente general de las ideas socialistas, plegándose a la tendencia mística que tuvo por abanderado a Lamennais, anticipándose en medio siglo a la encíclica de León XIII, que engendró el socialismo católico contemporáneo.

A nadie sorprenderá que J. M. Gutiérrez, el mejor amigo de Alberdi y el editor de Echeverría, compartiese las ideas sansimonianas que éstos profesaban en tiempos de la Asociación de Mayo, de la que fué vicepresidente. Sus escritos de Montevideo y de Chile, durante quince años, se prestan al mismo análisis que los de sus ilustres compañeros. Conservó, sí, más acentuado que ellos, el espíritu liberal, combativo y desembozado. La diferencia se explica. Echeverría falleció antes del 52 y Alberdi vivió fuera del país; por eso, solamente Gutiérrez, de los tres, tuvo ocasión de sentir—como Sarmiento y López—el peligro de la nueva reacción clerical y jesuítica que amenazó al país en los momentos de constituirse.

Advertidos sobre la importancia de una corriente de ideas, en determinada época, fácil es reconocer su huella a cada instante, en autores y escritos en que el lector desprevenido no la sospecharía jamás. Es curioso, por ejemplo, que el poeta Bartolomé Mitre, y en su calidad de tal, se contagiase, por Alberdi y Echeverría, de esta filosofía social tan ajena a sus alternativas ocupaciones de portalira y artillero. En la carta a Sarmiento, que sirve

(1)—Datos en las obras citadas de Echeverría, Alberdi y Gutiérrez.

de Prefacio a la primera edición de sus "rimas", aparecen mencionados los nombres de los tres progenitores del socialismo utópico, Saint Simón, Fourier y Leroux, circunstancia más singular por tratarse en dicho prólogo de asuntos puramente estéticos. En el texto de las poesías que llevan esa fecha, la influencia del socialismo igualitario de Leroux aparece frecuentemente; ya habla de la Igualdad como lema y bandera de la Revolución de Castelli, ya canta a los que llevaron en su lanza los dogmas de la Igualdad, ya vé en un mártir al atleta de la Paz y la Igualdad, etc. Son pequeños detalles cuyo significado sólo puede valorar el que está alerta. Ellos nos explican por qué, en las polémicas que siguieron a Caseros, se le llama "el socialista Mitre" (1) y se discute el tono "rojo" de su política contra la Confederación Argentina.

Entre los mismos enemigos—pues lo eran los unitarios—fué sensible la influencia ejercitada por las ideas de los jóvenes. El interés por ciertos problemas económicos y sociales, la concepción igualitaria de la democracia política, son ideas "alberdistas" de que se contagiaron muchos unitarios en Montevideo. Florencio Varela, como ya hemos señalado, escribió páginas que parecen directamente inspiradas en Leroux.

Echeverría, en una nota de su Ojeada Retrospectiva, prometía explicar con mayor amplitud el concepto político y social que había guiado a los fundadores de la Asociación; anunciaba para ello, con el título de "La democracia en el Plata", un libro que nunca escribió. Era el año 46 y encontraban ya eco en su mente las agitaciones democráticas que precedieron a la revolución del 48 en Francia y en las que tuvo tanta parte un furierista, Víctor Considerant, que con otros sansimonianos acababa de adherir a Fourier, dedicándose con Lechevalier y Transon a la propaganda y organización de falansterios.

(1)—Sarmiento: «Las Ciento y Una», pág. 163 (Reed. de 1916).

Echeverría alcanzó a sentir su influjo e incorporó a su caudal otros conceptos de la misma escuela, especialmente los que se referían a la extensión democrática del sufragio, como vía de acercamiento a la Igualdad de las clases, con abstracción del sistema republicano o monárquico: "La raíz de todo sistema democrático es el *sufragio*. Cortad esa raíz, aniquilad el sufragio, y no hay pueblo ni instituciones populares:— habrá, cuando más, Oligarquía, Aristocracia, Despotismo monárquico o republicano. Desquiciad, parodiad el sufragio, hallaréis una legitimidad ambigua y un poder vacilante, como en el sistema unitario. Ensanchad el sufragio, en la monarquía representativa, y dareis entrada al poder al elemento Democrático. En Francia después de Julio, el censo electoral se disminuyó; la monarquía se democratizó un tanto: hay un partido que lucha hoy por democratizarla más...

"Se había ensanchado entre nosotros el sufragio hasta el extremo. Primero, sin conocer su poder, se mantuvo inerte, o se puso ciegamente en manos de los partidos; después, se salió de madre y todo lo trastornó. Era preciso, pues, refrenarlo, ponerle coto por una parte; hacerlo por otra efectivo, reanimarlo, para dar vida popular a la institución popular; para que el pueblo fuese por fin pueblo, como lo quiso Mayo...

"No es este lugar ni tiempo oportuno de aventurar nada definitivo sobre este punto; no faltará ocasión de ventilarlo en todas sus faces. Basta lo dicho, para que se comprenda el sentido de nuestra fórmula, y todo lo expresado en el Dogma.

"Sentíamos la necesidad de fijar una base, de tener un punto de arranque que nos llevase por una serie de progresos graduales a la perfección de la institución democrática.

"Caminábamos a la democracia, es decir, a la igualdad de clases. "La igualdad de clases, dijimos, envuelve la libertad individual, la libertad civil y la libertad política:—cuando todos los miembros de la Asociación estén en posesión plena y absoluta de estas libertades y ejerzan de

§ mancomún la soberanía, la democracia se habrá definitivamente constituido sobre la base incontrastable de la igualdad de clases" — Caminábamos, pues, al sufragio universal" (1).

Así, reflejando siempre los sucesos políticos de Europa y de la Argentina, mantuvo durante diez años cierta unidad ideológica del sansimonismo argentino. No se inspiró en las fuentes primitivas, lo que no es de sorprender; el enciclopedismo había llegado a través de los fisiócratas españoles y no por los filósofos franceses; el sensacionismo por la Ideología de Cabanis y Destutt, no por Condillac. Es probable que nadie, en Buenos Aires, hubiese leído a Saint Simón; los miembros de la Asociación comenzaron por Lerminier y juzgaron muy luego por Leroux, que en 1831 era ya portavoz del sansimonismo (apartándose de la camarilla cuando prevalecieron los amigos de Infantin) y fué luego definiendo su nueva doctrina socialista hasta fijarla en 1840 en su famoso "De l'Humanité". No se equivocaba, pues, Echeverría, al escribir en vísperas de Caseros, que "en nuestro país, en diferentes épocas, se han manifestado de un modo más sistemático y completo que en otro alguno de América, las doctrinas políticas y sociales que han predominado sucesivamente en Francia, desde la revolución de 1789".

En los últimos años de la emigración, algunos llegaron a interesarse por la nueva escuela del socialismo falansteriano, encabezada por Considerant; Echeverría nos ha testimoniado su regocijo al hallarse en comunidad de aspiraciones con la "Democracia Pacífica", editada por aquel. Fué el último parpadeo de una ilusoria lámpara que se apagaba entre nosotros. Rosas caería en breve. La realidad vendría a cerrar las alas de la quimera. Había que organizar la nacionalidad y sólo esos hombres nuevos podían hacerlo. Echeverría, muerto, quedó convertido en símbolo del ensueño. De los otros, ninguno faltó a la cita.

JOSÉ INGENIEROS

(1)—Echeverría: Ojeada retrospectiva, cap. V.